



En Riso

PERIÓDICO ILUSTRADO CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

DIRECTOR LITERARIO

D. CARLOS FRONTAURA.

DIRECTOR ARTÍSTICO

D. ALFREDO PEREA.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN.

Calle de Preciados, núm. 5, librería, Madrid.

Se publica los domingos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En toda España: Trimestre, 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.
Extranjero y Ultramar: Año, 15.

Número suelto, 15 cénts.—Atrasado, 25 cénts.



DIBUJO DE C. PLÁ.

—Guardia, que mi marido y mi hermano se van á matar. Entre usted.

—Señora, yo salgo ya de *serviciu*, porque dieron las doce. Ya vendrá luego el *relevu*.



CRÓNICA.

Esperaba yo que tendría el regalado gusto de escribir en este número una gran columna de merecidos elogios con motivo del estreno del drama *El hijo de carne y el hijo de hierro*, escrito por don José Echegaray y representado en el teatro de la Princesa.

Pero me quedo con las ganas, porque el drama no me ha gustado, y por consiguiente, no puedo elogiar en esta ocasión al autor. Es claro que la obra tiene trozos bellos que demuestran la mucha literatura del autor, y si hubiera escrito una leyenda, una narración con el argumento del drama, seguramente que nos habría sabido muy ricamente á los amantes de las letras; pero como obra escénica, el señor don José ha de perdonarme, no me parece digna de aplauso.

El asunto le han contado con todos sus detalles los periódicos diarios, y se presta como ningún otro á una reseña cómica y aun grotesca; pero no quiero que se me enoje don José si pongo en solfa *El hijo de hierro y el hijo de carne*, que será acaso la obra que él más estime, por aquello de que los padres suelen amar con más ternura á los hijos defectuosos.

Quisiera yo que don José probara á prescindir del género atroz y siniestro que con tanto amor cultiva, y nos escribiera obras de mejor linaje, á mi juicio; obras que pudieran compensarnos en cierto modo á los entusiastas de la dramática española de la pérdida, nunca bastante sentida, de aquellos grandes ingenios que se llamaron Hartzenbusch, García Gutiérrez, Ayala, que hasta ahora no tienen sucesores. Aquella ingeniosísima comedia de don Juan Eugenio *Un sí y un no*; aquella *Bondad sin la experiencia* del autor del *Trovador* y de *Venganza catalana*; aquel *Tanto por ciento*; aquella *Consuelo* incomparable, son obras maestras en que debiera inspirarse el señor Echegaray en vez de entenebrecer su rica fantasía enamorándose de sombras y misterios tremebun-

dos, que, francamente, ni nos interesan ni nos conmueven.

El género que don José cultiva pasará, ó mejor dicho, va pasando ya de moda; por lo que es preciso que tome tan afamado y fecundo autor por otro camino.

Y si quiere continuar por el mismo que hasta ahora, sea norabuena. No me opongo ni me importa. Cada cual escribe lo que le da gana. Lo cierto es que el público prefiere *El Sombrero de copa* á los horrores de don José.

* * *

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

dijo el poeta, y lo mismo habrán dicho las bailarinas del teatro Real al contemplar el cadáver de su pobre compañera Rosa Romero, asesinada por un enamorado furioso que no se resignaba á sufrir los desdenes de su víctima.

El hombre parece que tenía en el teatro la misión de dirigir la luz Drumont allí donde exigía esta luz el argumento de la ópera. Sin duda creería el hombre que sus ojos tendrían la misma fuerza que la luz Drumont y que no resistiría la luz de sus ojos la desventurada Rosa y caería en sus brazos como Margarita en los de Fausto.

Todavía no han salido los sabios á explicar, como suelen, el origen científico de este crimen. Ellos saldrán, y ya verán ustedes cómo nos prueban que un hombre que todas las noches desde la altura dirigía la luz sobre las hadas y las huríes y las sombras que aparecen en la escena del teatro Real, por fuerza había de acabar por hacer una atrocidad.

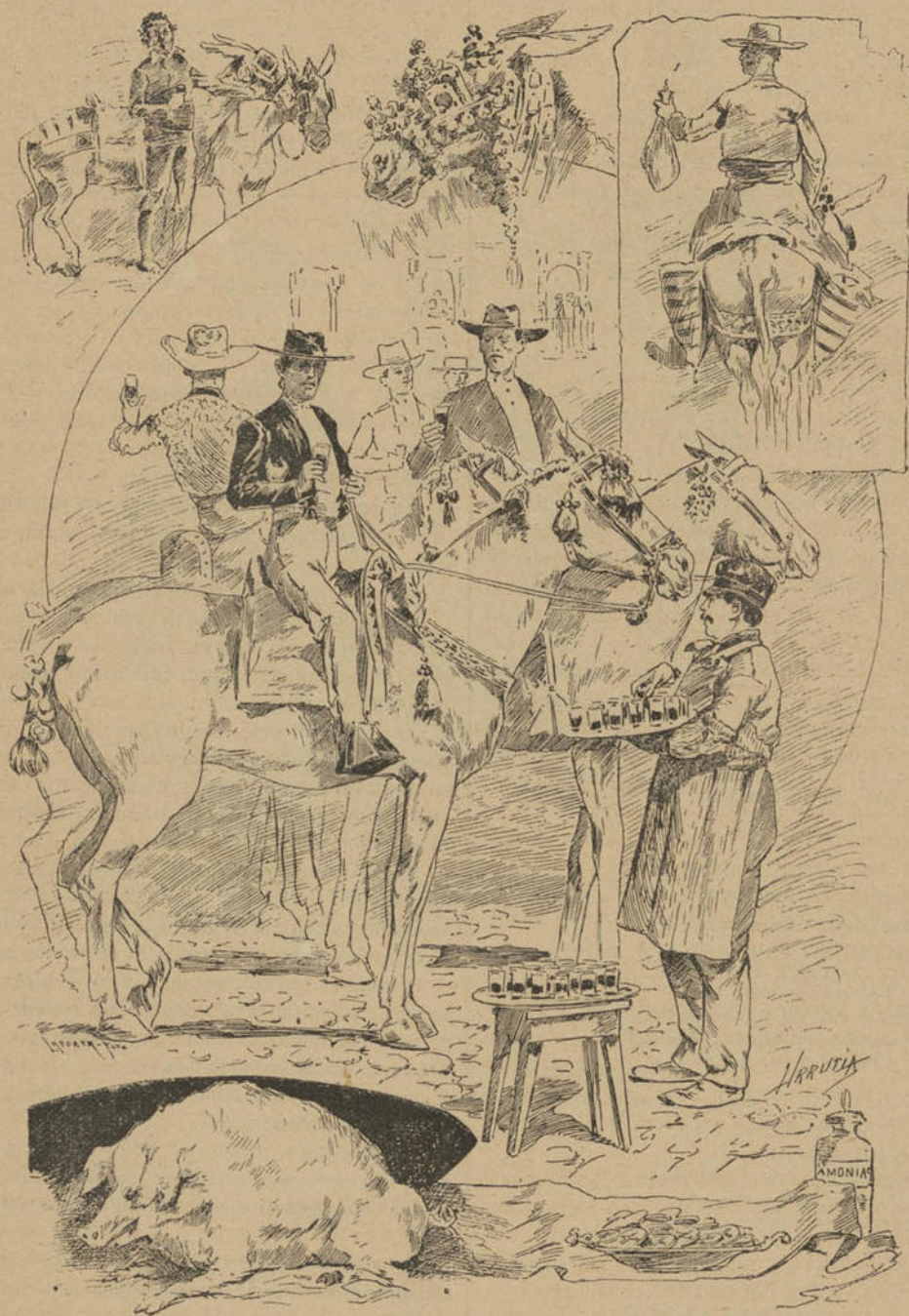
¿No han descubierto los sabios últimamente que el cerebro del gran escritor Fernández y González era de persona de viva y brillante imaginación y de poderosísima inventiva?... Los profanos que habíamos leído las numerosas obras del fecundo ingenio ya suponíamos eso mismo hace mucho tiempo sin haber examinado por dentro su cerebro.

* * *

El martes, al mismo tiempo que salía del hospital provincial el féretro que contenía los restos de la bailarina, los aficionados á la fiesta hípica de San Antonio Abad daban las tradicionales vueltas por las calles de Hortaleza y Fuencarral.

Este regocijo, como el de ir á esperar á los reyes, debe suprimirse. Es una de esas antiguallas que, dado el movimiento actual de transeuntes y carruajes, resulta incómoda en sumo grado.

Algún que otro majito luciendo el potro, mozos de tahona haciendo correr á las mulas que no tienen ganas de fiesta, señoritos asustando á la gente que cree verlos apearse por las orejas, borricos trotando, mal que les pese, no ofrecen ciertamente un espectáculo agradable ni siquiera vis-

LA FIESTA DE SAN ANTÓN, *por Urrutia.*

tosos, y son un peligro para las mujeres y los chicos, que al pasar de una acera á otra pueden sufrir un revolcón de consecuencias.

San Antonio Abad, que fué un santo muy poco ó nada amigo del ruido y constantemente huyó de todo jaleo, desesperando al mismo demonio, tan empeñado en perder al valeroso y casto varón, no echará de menos seguramente el día de

su fiesta el repiqueteo de cascabeles y campanillas y las carreras de los animales sobre los adoquines. Es un santo modesto, humilde, y para festejarle no hay necesidad de hacerlo tan ruidosamente.

Puede continuar la venta de los panecillos en pelotones encarnados y amarillentos para los que quieran romperse los dientes, con lo que no se

ofende á nadie, y con uno ó dos de ellos tiene un chico para estar entretenido toda la tarde; pero, por Dios, renúnciese á las carreras de animales, ó llévase á éstos á correr por la dehesa de Moratalaz y no por calles tan estrechas y concurridas como las de Hortaleza y Fuencarral.

* * *

Ya se sabe el resultado del censo en Madrid. Somos, según los datos oficiales, 475.346 almas; 77.530 más que hace diez años.

—¿Cuándo se cerró esa cuenta?—me pregunta una sevillana que ha oído estos datos.

—El 31 de Diciembre á las doce de la noche.

—Pues ponga usted un alma menos,—me dice con un suspiro muy hondo.

—¿Por qué?

—Porque el día 30 se fué á América una personita que se me llevó el alma.

—Entonces son 475.345 almas no más las que había en Madrid el 31 de Diciembre.

—Eso es.

—Y 475.346 cuerpos. Y uno muy rebueno, ¿no es verdad, señora?...

VENTURITA.

EPIGRAMAS.

—¿Y mi novio?—á don Gaspar preguntóle Encarnación.

—Me figuro que ha de estar en el tiro de pichón.

—¡Ay, me lo van á matar!

* * *

A UNA FRANCESA.

Tal es, Loreto, tu pié,
que puedes con arrogancia
afirmar que en toda Francia
otro mayor no se ve.

Tus apuros infinitos
me explico ya y tus atrancos.
¿Cuántos millones de francos
te cuesta un par de botitos?

* * *

El chocolate de Llana,
decía uno de Bilbao,
tiene azúcar de la Habana,
habas, bellota, avellana,
lentejas... ¡y hasta cacao!

LIBORIO PORSET.

LOS TURNOS.

Los turnos son la manía de la época.

En política el turno de los partidos es el grito de los *politicians* (las palabritas inglesas están ahora muy de moda) que esperan vez para comer á turno diario, y en la vida madrileña corriente es la ambición de las familias llamadas, pero no escogidas, á figurar en los ecos de sociedad y en las listas de abonados al teatro Real ó á los demás

coliseos de función entera ó partida en rajas como el salchichón de Vich.

Hay que tener un turno, aunque sea por irradiación, es decir, un noveno turno de siete, serie impar, so pena de pasar por un madrileño de tres al céntimo, é indigno de alternar con la flor del cesto de Madrid (no siempre se ha de decir en francés *la fleur du panier*).

Verdad es que el pobre empleado con descuento oficial y el recargo de mujer é hijos pasa la pena negra y de todos colores para poder armonizar lo inarmonizable, es decir, el modo de cubrir á un tiempo las necesidades materiales con las teatrales y de aparato exterior.

Y eso que en esta coronada villa hemos convenido por mayoría en admitir como indiscutibles, por más que pugnen con la lógica y el sentido común, axiomas tan demoledores como los siguientes:

«Lo superfluo es lo principal;

Aparenta que eres rico aunque no lo seas;

El que no paga descansa, porque se cansan de ir á pedirle;

El traje es lo primero, el estómago después.»

Así se puede, en virtud de este último principio, modificar el refrán aquel de «dime con quien andas...» en «dime qué turno tienes y te diré lo que comes».

¿Hay, por ejemplo, uno que da funciones públicas, vulgo funcionario público, con veinte mil reales de sueldo, mujer y dos reclutas disponibles para aceptar un marido, que tiene un turno en el Real?

Pues almuerzo ligero, y á la comida sopa de pan, cocido, patatas de diversas confecciones de principio y fruta en verano y cascajo en invierno.

¿El mismo con dos turnos en dos coliseos?

Almuerzo ligerísimo, sopa muy caldosa con reminiscencias de pan, y garbanzos prehistóricos y carne con hueso. Nada de principios ni postres fijos. Se suelen dar castañas.

¿Se permite además abono á los lunes y viernes de la Princesa?

Alimentación milagrosa, como la de los camaleones, por contemplación de los escaparates de las reposterías, ó por arte de la esgrima del sable.

Esto explica la furia ciclónica con que en las *soirées* invade la concurrencia el inspirado ambigú.

Hay muchos convidados que van á los bailes en ayunas, y llevan los bolsillos forrados de hule para hacer provisiones con destino á sus respectivas despensas.

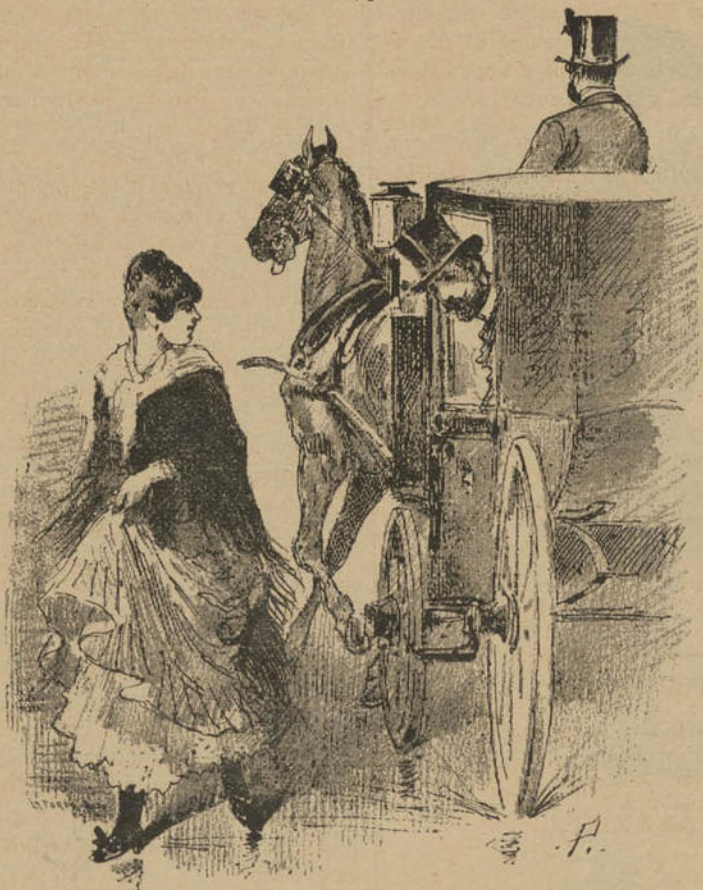
Los turnos, por supuesto, no gozan de igual popularidad.

Generalmente se dice:

«El primer turno da la hora.»

«El segundo es una sucursal de la Soledad.»

PELIGROS DE IR Á PIÉ, por D. Perea.



—¡Jesús! No se puede andar por estas calles sin peligro de que la atropellen á una. No he de parar hasta tener coche. Es el mejor medio de no verse atropellada una mujer. Y me parece que lo que es coche con media palabra que yo diga...

«Y el tercero es de los que «quiero y no puedo».

Los turnófilos se conocen ya de vista, y es muy frecuente oír en la calle ó en el paseo:

—Mira, aquéllas son las del segundo par del Real que van siempre tan pintadas, y que cuando sale el tenor parece que se lo quieren comer con los gemelos.

—Aquél es el señor gordo del primer turno de la Comedia, que se sienta siempre en primera fila para que no le vean dormir.

—Aquél es el sietemesino de los lunes de la Princesa, que regala caramelos á las muchachas para entrar con ellas en conversación.

Los turnantes sufren también sus contrariedades cuando les *repiten* las funciones y se ven obligados á oír diez *Crispinos* ó siete *Sombreros de copa*.

Es de ver la cara aburrida y el andar desfallecido con que se dirigen á consumir turno al coliseo donde se hallan alistados, y la paciencia evangélica con que soportan, ya en el lugar de la desgracia, una nueva toma cómica ó musical.

En resumen: tener teléfono y un turno es la

suprema felicidad de todo madrileño bien nacido.

Por eso hizo perfectamente una amiga mía en poner en la casilla de las observaciones particulares del padrón vecinal:

«Tiene teléfono y un turno de á seis en el Real y otro de nueve en la Comedia.»

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.

LA RISA.

Rasgó el Oriente su crespón sombrío,
bañóse el cielo con la luz primera,
y se vistió la alegre primavera
su túnica de gotas de rocío.

Lanzó de sí con pertinaz desvío
sus legiones de sombras la ladera,
cruzó cantando el aura pasajera,
templó su lira de cristal el río.

Rodó en su carro el alba seductora,
sus ejes de oro reprimió indecisa,
y alzó la alondra su canción sonora.

El sol subió, como en ligera brisa,
y al rojo beso que le dió la aurora,
batió las alas, y nació la risa.

S. RUEDA.

TEATRO MODERNO.



Para brillar una actriz,
necesita en estos tiempos
saber cantarse y bailarse,
y todo por lo flamenco.

ANIMALES CÉLEBRES.

Con permiso de ustedes, no conozco animal más célebre que el hombre.

Por supuesto, zoológicamente hablando.

Darwin pretende, remontándose al origen de las especies, hacer descender al hombre del mono, que entre los animales, es el que más se parece al rey de la creación, al cual procura imitar.

Sin estar conforme con la teoría darwinista, no puedo menos de reconocer que hay seres humanos que, si cristianamente hablando no son animales, merecían serlo por su manera de ser.

Con frecuencia oyen ustedes exclamaciones como las siguientes:

—¡Burro!

—¡Animal!

—¡Bestial!

Con ellas pretenden las gentes groseras calificar á las personas que, en su concepto, merecen colocarse entre los seres irracionales.

Cuando no sueltan un «¡Cafre!», que de los epítetos depresivos es el que mejor expresa el colmo de la bestialidad.

Por supuesto que tales gentes, al expresarse de

dicho modo, son hartamente injustas con los pobres animales.

Porque ¿qué culpa tienen éstos de no ocupar en la escala zoológica un puesto más elevado?

No es extraño que los burros den coces, lo que sorprende es que haya personas que también las den.

Se rebaja continuamente á los seres irracionales, y sin embargo, si teológicamente carecen de alma, no están faltos de inteligencia.

Prueba de ello los *monos sabios*.

No adulo á los mozos que prestan su servicio en las plazas de toros, sino á cuadrumanos que lucen sus habilidades en los circos ecuestres.

¿Quién podrá negar que éstos, como los caballos, los elefantes, los perros y otros cuadrúpedos *civilizados* han educado su inteligencia bajo el dominio del domador?

Sería curiosa una obra que reuniera las *biografías* (!!) de todos los animales que han sobresalido por algo digno de mención.

Es trabajo que recomiendo á los eruditos, porque cuando tanto se escribe acerca de seres que aunque en realidad no son animales, lo parecen muchas veces por sus actos, ¿qué extraño es que se canten las alabanzas de las bestias que han logrado una celebridad que no siempre consiguen muchas personas?

La serpiente que según el texto bíblico tentó á Eva en el Paraíso, es uno de los primeros animales célebres de que tengo noticias. Verdad es que su celebridad es más bien digna de reprobación que de aplauso; pero si la crítica histórica se parase en escrúpulos monjiles, sería preciso borrar de los anales de los pueblos los nombres de los Calígulas, Nerones, Atilas y demás bandidos coronados de la antigüedad, dignos de ponerse en parangón por sus hazañas con los Juanillones de nuestros días.

Otro de los animales célebres de la Biblia es la paloma conocida vulgarmente con el adjetivo del diluvio, porque, mensajera de paz, fué la que le trajo en su pico á Noé la rama de olivo. Este inocente é inofensivo animal representa en los altares católicos la tercera persona de la Santísima Trinidad. Sin este emblema místico, se hubiera evitado el *calembour* del inglés poco conocedor de nuestra lengua, que tomando el significado religioso de la divina paloma por el gráfico, le dijo con la mayor naturalidad á una maritornes andaluza que le sirviera en el almuerzo un Espíritu-Santo en salsa.

Además de la serpiente del paraíso y de la paloma del diluvio, figuran en la Biblia otros animales célebres.

La *burra de Balaám*, la *ballena de Jonás* y el *buey* y la *mula de Belén*.

Pero el más popular de los animales bíblicos es, sin disputa, el *gallo de la Pasión*, que anda en boca de todo el mundo.

Es éste un gallo que por su liviandad ha eclipsado la fama del de Morón, que según dice el vulgo, se quedó sin plumas y cacareando.

Excuso decir á qué causas deben su celebridad dichos *personajes* bíblicos, porque no dudo de la ilustración de ustedes.

Si tuviera tiempo y espacio, me ocuparía en los animales famosos de la Historia, entre los cuales figuran el caballo del Cid, que según Fernández y González, delante de él—del caballo—se iba ensanchando Castilla; el de Atila, que á dar crédito á la leyenda popular, donde ponía su planta no volvía á crecer la hierba; el murciélago de Don Jaime, (Rat-Penat), que en opinión de los poetas lemosines, se paró sobre la gloriosa señora del rey conquistador cuando éste sitiaba á Valencia; y otros muchos más que no recuerdo en este instante, pero que los eruditos que se propongan escribir la obra en cuestión pueden desenterrar del polvo de los archivos y bibliotecas.

Si la Historia ha inmortalizado á los animales dignos de este galardón, la heráldica los ha ennoblecido.

Porque no significa otra cosa el hecho de recurrir á ellos para emblema de los blasones.

En un cuadro de las banderas de los distintos países del mundo que tengo á la vista, figuran los leones en las de España, Holanda y Persia; las águilas en las de Austria y Prusia; las serpientes aladas en las de la China, el pavo real en las de Birmania; el gallo en las de Pegú y el elefante en las de Siam.

Les digo á ustedes que el tal cuadro lo tomaría cualquiera por un museo de historia natural.

Madrid ostenta en su escudo el oso. Me lo explico. No en balde se ven tantos gomosos haciendo el *ídem* por sus calles.

Pero más que la Historia y la heráldica, ha hecho la religión por los animales: los ha colocado en los altares.

Alternando con los santos, en ellos he visto:

Al caballo de San Martín;

Al perro de San Roque;

Al toro de San Marcos;

Al águila de San Juan Evangelista;

Al dragón de San Jorge;

Al león de San Lucas;

Y, con perdón sea dicho, al cerdo de San Antón.

También la literatura tiene (no se tome esto por alusión) sus animales famosos.

El rocinante en el que, desfacedor de agravios, recorrió los campos manchegos el andante Don Quijote; el alevoso murciélago, objeto de la sátira de fray Diego González y los héroes de *La Gatomaquia* y *La Perromaquia* de Lope de Vega y Nieto de Molina vivirán tanto como la fama de los peregrinos ingenios que les dieron vida.

Si los animales célebres aún no tienen (que yo

sepa) un *biógrafo*, en cambio pueden envanecerse con un naturalista y un poeta.

Buffón y Lafontaine.

Nadie como el primero ha estudiado y descrito su naturaleza y costumbres.

Después de Esopo, maestro en la fábula, nadie como el segundo ha cantado sus virtudes y satirizado sus vicios.

Los pobres irracionales le deben eterno reconocimiento.

Como que les *hacía hablar*.

A propósito.

Leyendo cierto día las celebradas fábulas del ilustre poeta francés, preguntóme mi criada, robusta alcarreña que, á pesar de estar sirviendo ocho años en la corte, todavía no ha echado el pelo de la dehesa:

—Señorito, ¿no es verdad que antes hablaban los animales?

—Y ahora también,—le contesté.

No sin razón: porque entre los animales famosos que conozco no he encontrado ninguno más célebre que mi fábula...

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

EL QUE NO SE CONSUELA ES PORQUE NO QUIERE



—Leo mi obra á Mario, y me dice: «No es eso lo que me conviene; escribame usted algo cómico.» Se la leo á Vico, y me dice: «La obra de usted no es de mi género; escribame usted algo serio.» ¡Ah! En medio de mi situación tengo la grandísima satisfacción de que los actores más notables no se atreven con mi obra, lo que me prueba que no es una cosa vulgar.

LAS VIUDAS, *por A. Perea.*



La que no tiene hijos.

EL TRANVÍA.

DIBUJO DE C. PLÁ.



Si hace algunos años hubieran dicho á la duquesa del Granizo, pongo por caso, gran señora, de ilustre abolengo, dueña de gran fortuna, emparentada con toda la aristocracia, que iría por las calles de Madrid en coche entre un chulo de lo más ordinario de la clase y una criada de servir, se habría escandalizado, negando rotundamente la posibilidad de semejante absurdo.

Y sin embargo, hoy la duquesa, que tiene coches propios, va muchas veces en tranvía y la acompañan en el coche personas de la más infima clase, y debuen grado se encogè y estrecha para que se siente el viejo obrero ó la cerril gallega que en-

tra dando de mamar á un muchacho como un becerro.

Esta es la verdadera democracia aceptada por todo el mundo; democracia práctica que no ha necesitado pronunciamientos ni revoluciones sangrientas para ganar la voluntad de todos, hasta los menos demócratas.

Confieso que soy entusiasta del tranvía, no

sé si porque tengo instintos democráticos—aunque no me llamo demócrata—ó porque tengo delicados los piés, probablemente por lo uno y por lo otro. El tranvía es para mí una exposición de figuras curiosísimas, las mismas figuras que se encuentran en la calle, pero en el tranvía me fijo más en ellas que en la calle.

¿No es curioso ver enfrente de mí en el coche del tranvía al encopetado magistrado del Supremo al lado del conocido y acreditado timador *El Guripa*, que esta tarde va vestido de señorito, y esta mañana le hallé en otro tranvía con su americana y su gorrita con cordoncillo dorado? Se conoce que son distintos negocios el que perseguía esta mañana y el que persigue esta tarde. Por cierto que no quita ojo el timador á la jamona bien aderezada que va sentada junto á mí, y que lleva colgada del brazo una cartera de la que ha sacado la peseta que dió á cambiar al cobrador.

—Señora, le digo bajito á la jamona, ese de enfrente que la mira á usted es un timador. ¡Ojo!

El magistrado del Supremo nos mira y se sonríe. El hombre, grave y severo, ha creído acaso que he dicho un requiebro á la dama. El timador es el que ha adivinado la verdad, porque me mira con enojo. Ya sabe él que le conozco bien, como que alguna vez le he visto en el Gobierno Civil. A poco se levanta *El Guripa* y se va á la plataforma delantera.

Entran dos buenas mozas cayéndoseles los pañuelos que llevan sobre los hombros y dejando ver dos talles primorosos. También las conozco. Se sienta una junto al magistrado, que hace esfuerzos para recobrar la capa en toda su integridad, porque la buena moza se ha sentado sobre ella.

—Córrese usted, *cabayero*, —le dice, —*pa* que se siente ésta.

Y el magistrado intenta levantarse y tira de la capa y no acaba de ponerse en pié hasta que la chula nota que ella se lo impide.

—¡Ayl! ¡Jesús! —dice. —Usted *desemule*.

Y se inclina al otro lado para que el señor pueda sacar la capa.

También el magistrado se va á la delantera. Le atrae el peligro.

Siéntase también la otra y se ríen las dos del grave personaje que no se ha querido correr, cuando, corriéndose un poco, allí cabían ellas y él.

—Pues hija, —dice una á la otra, —yo esta noche ya no voy al café, porque me ha salido *preporción* para ir á cantar en Badajoz con veinticuatro reales y la cena y viaje pagado.

—¡Jesús, qué suerte tienes!

—Y me voy.

—Yo, con ese hombre, no puedo salir de *Madriç*.

—Pues hija, ponle á servir.

—Qué quieres... Una toma ley, y luego una se ve *atá*.

—¿Qué te dan ahora en el café?

—Pues ya ves, cuatro pesetas, que para zapatos no tiene *una* ni *ná*, y la cena, eso sí, *bistegue* ó *entrecote* y mi café con su copa, y á *ése* también le suelen dar de cenar, porque como al amo le tiene cuenta que yo no me vaya, porque como sabe que el *público* me quiere más que á la *Lola*, aunque me esté mal el decirlo, y por eso quiere tener contento á *ése* y que no se le antoje llevarme á otra parte; porque ya tú ves, si él tirase de mí, ¿qué había de hacer yo estando, como te digo, *atá* á ese hombre, que ha de ser mi perdición?

—Le *vide* esta mañana, lo cual que tenía una cara de *renegao*...

—Como que está demás... Tuvo en el *mercao* de caballerías el jueves unas palabras con un extremeño, sobre unas mulas, y no le permiten la *entrá* porque dicen si sacó ó no sacó la faca. Ahora le han prometido llevarle al matadero.

—¡María Santísima!

—*Empleao*, mujer, *empleao*.

—¿Van ustedes á la Puerta del Sol? —les pregunta el cobrador.

—No señor, á la *Cebá*.

—Treinta céntimos las dos.

—A nosotras no nos hable usted en francés.

—Diga usted en español cuántas perras.

—Seis.

—¡Ave María! ¡Seis perras! ¿Grandes?

—Chicas.

—Acabara usted.

En la Puerta del Sol el magistrado nota que le han quitado el reloj. Ya dije yo que le atraía el peligro. Vienen guardias. El robado cuenta lo que ha pasado. Enseña la cadena rota, y dice que es el segundo reloj que le han robado.

—Como no *haiga* sido —observa el conductor —aquel señorito que se bajó en la calle de Preciados andando el coche...

Y todos convienen en que fué aquél.

Estos incidentes se producen frecuentemente en el tranvía, pero no por eso hemos de abominarlo. Cada cual debe tener cuidado con lo que lleva encima, sabiendo que los amigos de lo ajeno hacen su negocio merced al descuido de sus víctimas.

El tranvía facilita mucho las intrigas amorosas. Cuando no había este medio de locomoción no era fácil acercarse á una linda joven acompañada de la mamá ó la tía; pero en el tranvía no hay manera de evitar que se acerque al astro el satélite, y cuando la mamá y las hijas están interesadas en que algún *chico* pierda la cortedad y empiece á amar el peligro —por aquello de que quien le ama en él perece—también el tranvía es un auxiliar impagable de las piadosas intenciones de la mamá y las niñas. Con meterse en el tranvía ellas, muy zote ha de ser el presunto novio si no

consiguen que se meta detrás, y una vez dentro del coche...

allá va el tranvía
y saben dó va.

Yo, como digo, he hecho muchas observaciones en el tranvía. A veces sube uno y mira el interior del coche, y aunque hay asiento se queda fuera, y á poco desaparece. ¿Qué vió dentro?... No otra cosa que la antipática figura de un acreedor.

Pára el coche, sube una señora de buen porte, guapa ella, fresca ella, que desde la puerta dice con una sonrisa encantadora:—«¿No hay asiento?»—que es lo mismo que si preguntara:—«¿Va aquí algún hombre que tenga educación?»—Me levanto, y dejo el paso á la dama, que me recompensa con una inclinación de cabeza. Y aquí tienen ustedes que, durante todo el trayecto que recorre el tranvía, aquella señora tan superior no se preocupa de otra cosa que de que yo me siente. En cuanto se levanta uno, recógese ella los vestidos, y dice:—«Caballero, ya tiene usted asiento.»—Y no pára hasta que me siento. Y yo, tan ufano, pensando que aquella dama habrá formado de mí una idea muy ventajosa. ¡Quién sabe si se habrá enamorado de mí!... Siempre es una satisfacción pensar:—«Acaso me ama en secreto aquella dama del tranvía.»

Este artículo se alarga demasiado, y he de terminarlo, no sin llamar la atención del lector sobre la parte posterior del coche del tranvía, que ha dibujado Plá con la mayor precisión y exactitud.

Y otro día hablaremos del tranvía, porque aunque los coches son parecidos, el público del de Salamanca no es el mismo del barrio de Pozas, ni se parece al del de Estaciones y Mercados; ni la gente que va á Carabanchel y Leganés es la misma que la que frecuenta el Pacífico; y también tiene su fisonomía propia el público del tranvía del Este, como la tiene el de Chamberí.

Hay tela cortada, si ustedes no se aburren ó yo no me canso.

C. FRONTAURA.

¡QUÉ ESPOSAS!

PARODIA.

¡Válgame Dios... y qué esposas!
Cuatro semanas hará
que me entregué, como un lila,
á Narcisa en el altar.
¡Narcisa!... La que juraba
que me quería á mí más...
que á todos cuantos había
en toda la *umanidað*.
Y que no ansiaba otra cosa
que llegar á ser mamá
de los niños de su nene,
de su amor, de su galán.
Y disfrutar venturosa
del cariño conyugal,

en compañía del nene,
como me suele llamar.

¡Pobre nene! Ya la esposa
(como lo es en realidad)
ha cambiado por completo
en su modo de pensar.
Ya no se impacienta tanto
si vengo tarde á almorzar,
ni me hace tanta caricia,
ni se le ocurre ver ya
si llevo camisa limpia
ó la llevo sin planchar;
pues le da por lo que viene
igual que por lo que va.
Pero en cambio, tiene gusto
en convidar á cenar,
casi todos los domingos,
á su primo el oficial.

¡Ay, qué esposas!—«Nene mío,
¿me has de comprar el collar
que hemos visto el otro día
en la calle de Alcalá?»—
Y con estas brujerías
nos suelen catequizar,
y al cabo de poco tiempo
derrochan un capital
que el marido ha conseguido
á fuerza de trabajar,
haciendo, aunque haya otro primo,
papel de *primo carnal*.
Por este estilo son todas,
ó á lo menos la mitad,
y el que diga lo contrario
haga la prueba y verá.
¡Ay, qué esposas! ¡Como enviude,
me caso otra vez, y en paz!

G. SÁNCHEZ.



CONFERENCIA ENTRE DOS FUNCIONARIOS DEL MUNICIPIO.

—Oye, tú, tú eres nuevo en este barrio, me parece; digo, si no me equivoco.

—Nuevo soy aquí, porque hasta ahora he servido en el barrio de Leganitos; pero he pedido al *tiniente arcarde* pasar á este otro barrio.

—Ya decía yo, este compañero no le *conoço* yo; porque me parece, digo, no sé si digo bien, que nosotros los *artistas* somos compañeros...

—Sí señor, y funcionarios, mayormente, del excelentísimo Ayuntamiento.

—Pues me chocó y no me chocó, ¿sabes? porque como no te conocía pensé que serías nuevo, porque ahora, cualquiera, sin *prencipios* y sin mérito

ESCENAS DE LA CALLE.—(Dibujo por D. Perea.)



tos, que dijo el otro, se mete á barrendero, como podría meterse á concejal ó á diputado.

—Es verdad; chicos que debían andar á la escuela, y viejos que no pueden con los calzones los ves ahora con sus escobas al hombro como las presonas formales.

—¿Y por qué has querido venir á este barrio?... Si es que se puede saber.

—¡Hombre! Te lo diré, porque entre compañeros... como digo, en esa casa de la esquina, en el tercero, vive ahora una señora... que tiene que ver conmigo, y antes vivía en la calle de Leganitos.

—¡Ah! Vamos, es cosa de mujeres...

—Mejorando lo presente, la que te digo es de mi pueblo, rayano con la provincia de Lugo, y está criando un chico de sus amos, que son de tropa, y en cuanto oye la campanilla del nuestro carro baja la espuerta y hablamos un poco, y siempre me baja algo de comida que le quedó de ayer, y esto ya es una buena *proporción*..

—¡Ya lo creo! ¡Ojalá encontrara yo una así!

—La comida me sale por una friolera, y me da tabaco...

—¿Tabaco también?

—Sí, las puntas que tira el *melitar*, que está todo el día fumando. Por eso me verás, si segui-

mos juntos en este barrio, que casi siempre lo fumo puro.

—Has tenido suerte en dar con una mujer, mayormente, como ésa, y que, si á mano viene, un día te casarás con ella.

—De eso no hemos tratado, ni hay prisa. A ella lo que le tiene cuenta ahora es criar y criar hasta que no pueda más, y á mí también.

—Pues, amigo, puedes decir que has nacido de pié. Yo tengo que gastar en comer en la Cava Baja; es verdad que el plato de judías con pimentón que me dan en casa de la *Mellá* no lo come mejor un grande de España, pongo por caso, y sólo pago quince céntimos, y otros quince de callos... Y vamos á ver, puesto que hemos de ser amigos, ¿á tí quién te ha metido en el ramo?

—Yo soy cosa del alcalde primero. Él es amigo del amo que tuvo antes ésa, donde crió el primer chico, no, que era chica; y ésa habló á su amo, y el amo habló al alcalde, y como con el aquél de las criaturas las amas de cría siempre son atendidas como es debido, al otro día tenía yo el papel del nombramiento, y por cierto que el amo de ésa me regaló la escoba, que es una escoba, aunque me esté mal el decirlo, que barre sola. ¿Y tu padrino quién es?

—Es *padrina*. Yo he sido antes mozo en una tienda de comestibles; pero me resentí del pecho de cargar con sacos, y en el *hospital* me dijo el médico que no fuera bruto, que no tenía ya fuerzas para la carga, y que me pusiera á otro oficio más señor, si se quiere; y el ama de la tienda, que tiene mano con el *delgado* de las limpiezas, que es un caballero él y *presona* muy conforme, me sacó este destino, lo cual que el mismo día, antes de ponerme á barrer, fui á votar tres veces adonde me mandó el caballero.

—¿Y ahora qué hay de política?

—Por la presente no sé que *haiga* nada. Yo no gusto meterme en cosas de ésas, porque, lo que yo digo, Blas, tú á la escoba, que es donde tienes tu porvenir. Pero me han dicho que el otro día se pegaron dos concejales unas *gofetás*... y puede que otro día otros se peguen otras.

—Ahí está.

—¿Quién?

—La Pepa, la que te digo, con la espuerta y el puchero. Hombre, hazme el favor de decir que pare el carro, y mientras voy á cogerle la espuerta.

—Buena chica es, digo, en cuanto al *presonal*, porque la cara desde aquí...

—Es feúcha, de suyo, pero fresca... y con facultades para criar y lo que se *ofrezga*. Te digo que no hay otra.

X.



LAS TRES HERMANAS.

(Continuación.)

CAPÍTULO III.

DON CENÓN.

Era don Cenón un hombre desproporcionado, de gran abdomen, piernas cortas, brazos largos, cabeza gorda, bastante feo, sin poderlo remediar, pero no del todo desagradable.

Saludó á las señoras con una risita muy expresiva, y á Policarpo con un *para servir á usted*, á que Policarpo, que era chico bien educado, hubo de contestar con un *beso á usted la mano*.

—Aquí, siéntese usted aquí, don Cenón,—dijo doña Severa señalándole una butaca bajita, única en que no le quedaban á don Cenón las piernas colgando.

—¿Ustedes me permitirán fumar un cigarro?—preguntó don Cenón sacando una petaca muy grande.

—¡Jesús! Ya lo creo.

—No faltaba más si no que se privara usted...

—Fume usted, fume usted. Voy á buscar un fósforo.

Así dijeron las tres hermanas.

—Amigo mío,—añadió doña Severa,—las niñas y yo estamos ya muy fogueadas, porque mi esposo, que esté en gloria, siempre estaba con el chicle en la boca. ¡Cuántas veces al despertar por la noche, vi que se había quedado dormido con el puro en la boca! Por milagro de Dios no ardíamos...

—¿Usted gusta?...—dijo don Cenón á Policarpo, ofreciéndole un cigarro habano enorme envuelto en un papel dorado.

—Gracias,—contestó Policarpo.

—¿Gracias sí, ó gracias no?...—preguntó el viejo.

—Sí señor, sí; muchas gracias.

Y Policarpo cogió el cigarro, diciendo para su levita:

—¡Caracoles con el tío! Lo menos vale medio duro el cigarrito.

Y lo tomó y lo encendió.

Don Cenón comunicó á doña Severa las diligencias que había practicado en el asunto del pleito que había traído á la corte á la viuda y sus hijas. Se prometía un buen resultado.



—¡Ay, don Cenón!—exclamó doña Severa.—¡Qué favor tan grande nos hará usted si ganamos el pleito!

—Señora, á eso se tira, y á mí no hay nada que se me resista. Ganarán ustedes su pleito, y luego estas señoritas se casarán.

—¡Ay, don Cenón! Aunque ganemos el pleito no saldremos de pobres; porque ¿qué tendrán entonces las niñas? Mil duros cada una. Mil duros en estos tiempos no son nada. Con eso nos podremos dar una vuelta nada más; pero no nos daremos mucho pisto. Y mire usted, don Cenón, ya sé lo que es casarse dos pobres, y sobre todo casarse una señorita sin un cuarto con un hombre sin una peseta. A los tres ó cuatro años se llena de hijos, se pone gorda aunque no coma y fea... y así me sucedió á mí, que á los cinco años de casada ya había tenido cuatro, y no era ni sombra de lo que fui. Si no sé me hubieran muerto



seis, tendría ahora nueve. Dígame usted, ¿qué haría yo ahora con nueve hijos?... Por eso les digo á las niñas: «Vosotras haréis lo que queráis, pero si no os salen proporciones regulares, mejor estáis solteras.»

—¿Y el amor, señora?...—dijo Policarpo.

—Dice bien este joven,—apoyó don Cenón irónicamente.—¿Y el amor?

—¡Bah! ¡bah! Pamplinas. Yo me casé muy enamorada de mi marido, y eso me perdió. Los hombres que inspiran amor no son los mejores para maridos.

—Señora, señora,—dijo Policarpo,—veo que tiene usted ideas disolventes...

—Dice bien esta señora,—observó don Cenón;—una mujer hermosa debe aspirar á más altos destinos que criar chiquillos, poner el puchero, cuidar de que no se pague el cocido, remendar á su marido y pudrirse en un rincón, y todo esto por haberse enamorado de un infeliz incapaz de ga-

narse una fortuna. Aquello de *contigo pan y cebolla* pasó de moda hace mucho tiempo. Pero no hay miedo de que estas señoritas caigan en ese abismo si frecuentan la buena sociedad y hacen conocer sus prendas físicas y morales allí donde se reúnen gentes serias, formales, que tienen hecho su camino... Esta noche vamos á casa de mi amigo Venancio, mi banquero en Madrid, un hombre que sabe dónde tiene su mano derecha... Vino á la corte bajo la protección de un aguador de Puerta Cerrada, tío suyo, y empezó siendo mozo de pala en una tahona de la Cava Baja. Pues ahí le tienen ustedes, el año pasado hizo su balance, y me ha confesado que posee treinta millones limpios de polvo y paja. Y le han dado la gran cruz de Isabel la Católica, y es Senador, y vean ustedes á su mujer y su hija todas las tardes en coche en la Castellana, resplandecientes, magníficas... Todo el mundo dice que mi amigo Venancio es un animal, y él lo sabe y se ríe, porque un animal que tiene treinta millones de capital me parece que puede reírse del mundo entero.

Doña Severa y sus hijas estaban embobadas oyendo á don Cenón, y el mismo Policarpo, joven demócrata y libre pensador, miraba ya con cierta veneración á aquel hombre que tenía amigos con treinta millones, fumaba cigarros de medio duro, y seguramente sería otro Crespo como el animal de quien hablaba.

Don Cenón tenía que hacer; antes de comer había de ir á ver al ministro de Fomento; traía entre manos un pequeño negocio que le dejaría ocho ó diez millones de utilidad, y se levantó. Policarpo se levantó también.

Don Cenón dió la mano á doña Severa y á las niñas, y saludó al joven.

Doña Severa dijo al viejo quién era Policarpo, y don Cenón le tendió la mano y le ofreció su amistad, correspondiendo finamente Policarpo á esta cortesía.

—Salgo con usted,—le dijo.

—Bueno, venga usted; abajo tengo el coche.



Y salieron juntos.

Por la noche doña Severa y sus hijas aparecieron en la *soirée* de don Venancio. Allí estaba don Cenón, y allí estaba la crema de la buena sociedad de Madrid. La hija de don Venancio recibía á los invitados, por que su mamá estaba un poquito indispuesta y no salía del gabinete, donde la rodeaban los amigos íntimos, en tanto que en el salón de baile la gente joven danzaba de lo lindo.

También estaba allí Policarpo. Había buscado un amigo que le presentase.

Don Cenón estuvo amabilísimo con la viuda y sus hijas; bailó rigodón, las acompañó al *buffet* y las sirvió.

El día siguiente Amparo y Virtudes tuvieron una acalorada discusión, muy poco fraternal, sosteniendo aquélla que don Cenón se casaría con



ella, si ella quisiera, y ésta que don Cenón demostraba bien claramente que á ella sola era á quien prefería. Las dos estaban prendadas de don Cenón y dispuestas á hacer su conquista.

VENCEJO.

(Se continuará.)

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS DE «LA RISA».

Muy bonita es la edición que de las novelas de Angelón *Flor de un día* y *Espinas de una flor* acaba de poner á la venta el acreditado editor de Barcelona López Bernagosi.

Estas novelas están inspiradas en los interesantes dramas que con los citados títulos escribió nuestro malogrado amigo Camprodón.

Van ilustradas con bellas láminas de Planas, y en la cubierta de cada tomo hay una acuarela de lo más bello que hemos visto.

La edición se venderá pronto.

Cuestan 6 pesetas los dos tomos.

Sinfonía del año, es un bello poemita de don Salvador Rueda, nuestro colaborador, muy sentido, muy inspirado y muy digno de ser leído.—A peseta.

PASATIEMPOS INOCENTES.

Solución de los publicados en el número 3.

COMBINACIONES.

1. Topar.
2. Parto.
3. Potra.
4. Trapo.
5. Rapto.
6. Tropa.

COMBINACIÓN DOBLE.

Te Cla.
Ar Ete.
Ma Rte.
Ri Val.
Pe Ana.
Ci Nta.
Ce Tro.
Mi Edo.
Co Sta.

MOSAICO.

Eva.—Vate.—Atila.—El.—A.

CUESTIÓN DE ACENTO.

Arteria y Artería.

Han remitido estas soluciones JULIA, muy señora nuestra, y POMPONNET y D. Estanislao Flores.

CHARADITA.

Seduce, Inés, de tal modo
ese *una dos* que en ti advierto,
que cualquiera que la mira
ya *todo* de pensamiento.

CUESTIÓN DE ACENTO.

En un acento, lector,
consiste solo, es formal,
ser yo una gran capital
ó fabuloso pastor.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.

			9.	4.	1.	En el mar.
			8.	5.	6.	1.
			2.	5.	3.	1.
			3.	9.	8.	5.
			3.	1.	2.	9.
			5.	2.	3.	4.
			1.	2.	3.	4.
1.	2.	3.	4.	5.	6.	7.
			1.	2.	3.	9.
			3.	1.	2.	5.
			5.	8.	7.	2.
			1.	2.	3.	4.
			8.	9.	3.	1.
			2.	5.	9.	

GEROGLÍFICO.

BACO NADA.
TODO Y ORFEO.

M. MARZAL.

MADRID, 1888.

Imprenta y librería de Miguel Guijarro, Preciados, 5.

DRAMA DE ENERO, por Urrutia.



No hay galán más valiente y arrojado
que un gato enamorado.

ANUNCIOS.

LA RISA

SEMANARIO ILUSTRADO, CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS, Y CONTIENE
artículos y poesías de nuestros principales
literatos, y viñetas y caricaturas de los
mejores dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En toda España.—Trimestre, 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 ptas.

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número corriente.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes,
y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de tres meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia á nombre de D. Miguel Guijarro, á la Redacción y Administración, Preciados, 5, librería.

LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO

PRECIADOS, NÚM. 5, MADRID.

OBRAS NUEVAS.

LA MONTÁLVEZ

por
D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Un tomo en 8.º, 4,50 ptas.

MADRID VIEJO

COSTUMBRES, LEYENDAS Y DESCRIPCIONES DE LA
VILLA Y CORTE EN LOS SIGLOS PASADOS

por
D. RICARDO SEPÚLVEDA.

Un tomo en 8.º, con numerosas ilustraciones
de J. Comba, 6 pesetas.

LAS MARIPOSAS DEL ALMA

NOVELA DE COSTUMBRES

por
D. ENRIQUE PÉREZ ESCRICHA.

Dos tomos en 4.º, ilustrados con magníficos
cromos. Precio, 15 pesetas.

